

Full Metal Jacket: la lección de Vietnam

Luis Carlos Muñoz Sarmiento
Crítico de Cine

Sin duda alguna, al igual que para el gran William Shakespeare, para Stanley Kubrick (Nueva York, 1928 - Londres, 1999) los grandes temas, si no los únicos, fueron la guerra y la violencia: desde su primer largometraje, *Miedo y deseo* (*Fear and Desire*, 1953), pasando por *Senderos de gloria* (*Paths of Glory*, 1957), sobre la Primera Guerra Mundial, *Espartaco* (*Spartacus*, 1960), sobre la liberación de esclavos en la antigua Roma, hasta llegar a *Dr. Strangelove* (*Dr. Strangelove*, 1964), sobre el apocalipsis nuclear durante la Guerra Fría, y *Nacido para matar* o *La chaqueta metálica* (*Full Metal Jacket*, 1987) —filme motivo de este análisis—, sobre la Guerra de Vietnam. Como se sabe, ésta constituyó el más grande error político-militar de los EE.UU. en toda su historia: la mayor vergüenza humana de agresión de un Estado a otro, el más desgraciado golpe contra la autodeterminación de los pueblos. A la postre, sin embargo, también fue la mayor victoria de la dignidad, la que siempre hay que oponer a la ignominia, al desafuero y a la violencia inconmensurable del poder y la que, en palabras del subcomandante Marcos, hoy constituye el *peor delito* según la lógica irracional (y no es un contrasentido) del invasor. Guerra de Vietnam que, en últimas, constituye la imborrable lección de una historia que, a pesar de no haber sido escrita, como siempre, por el vencedor sino por el vencido, nunca será cosa distinta a *la lección de Vietnam...*

En cuanto a la violencia, la filmografía de Kubrick incluye desde las crudas secuencias de

El beso del asesino y *Atraco perfecto*, ambos filmes de 1955, pasando por el brutal asesinato perpetrado por Humbert Humbert (James Mason) al comienzo de *Lolita* (1962), de Nabokov, o los *cibercrímenes* de *Hal 2000* durante el viaje del *Discovery* en 2001, una *odisea del espacio* (1968), hasta llegar a la ultraviolencia de *La naranja mecánica* (*A Clockwork Orange*, 1971), basada en la novela homónima de Anthony Burgess y que derivó en una auténtica e inobjetable obra maestra, y de *El resplandor* (*The Shining*, 1980), impecable adaptación de la literalmente *laberíntica* pesadilla escrita por el mediocre Stephen King. Volviendo a lo que interesa aquí, mucho menos conocido, divulgado y tratado por la crítica es el episodio de la llamada Guerra de los Siete Años, entre Inglaterra y Francia, que Kubrick incluyó en *Barry Lindon* (1975), película basada en la narración *The Memoirs of Barry Lindon*, del escritor inglés nacido en Calcuta William Makepeace Thackeray (1811-1863), y en la cual abundan los duelos, descritos de las más diversas formas: desde el inicial y breve del padre de Redmond Barry, el protagonista (encarnado por Ryan O'Neal), hasta el final y detallado del mismo Redmond con su hijastro.

En ese orden de ideas, puede decirse que casi toda la obra de Stanley Kubrick se halla inscrita dentro de los parámetros (algunos desquiciados y desquiciantes) de las parejas de opuestos guerra-paz, violencia-tolerancia y caos-orden, o bien presenta un claro enfrenta-

miento entre la violencia institucional y la violencia individual: tal es el caso concreto de la mencionada *Naranja mecánica*, en la que Kubrick prefigura —como ya se dijo— la ultraviolencia en un futuro próximo, es decir, el tiempo presente, a través de una banda liderada por el inefable Alexander de Large. Éste en su desplazamiento *panclástico* (que no anarquista), viola, mata, golpea y roba, mientras la ciudadanía vive inmersa en una vandálica cultura *pop*, glacial, decadente y sucia, en la que, como siempre, los políticos y la policía son corruptos. Alex (Malcolm McDowell) cae en las garras de los científicos al servicio del Estado, quienes, mediante el *militar* Tratamiento Ludovico (en virtud del cual tiene que ver películas con pinzas en los ojos que le impiden parpadear, debe consumir sustancias que le van minando su potencial de agresión y es obligado a escuchar a Beethoven a unos decibeles insoportables), lo transforman de hampón en un inerme ciudadano ejemplar para, al final, renacer en su salvaje estado original al recibir las palizas que antaño propinó...

Regresando al tema de la guerra (un cuasigénero del cine), *Nacido para matar* o *La chaqueta metálica* presenta claramente dos escenarios espacio-temporales: el lugar de entrenamiento y la guerra misma, ambos inmersos dentro de una propia y particular atmósfera. Antes de entrar de lleno al primero, el espectador asiste a una *rapada* colectiva, de la que sólo se salva por la *ilusión* del cine, en medio de la cual una canción pop, entre otras cosas, dice: *América ha escuchado el llamado del clarín/ y tú sabes que nos llama tanto a tí como a mí/ Yo no creo que la guerra vaya nunca a acabar/ y de nuevo el combate nos habrá de separar/ Adiós, mi vida! ¡Hola, Vietnam!* Esta canción, como se verá al final, Kubrick hábilmente la empatará con *Paint it black*, de los Rolling Stones, para hablarle a ese mismo espectador de una mágica abstracción de la realidad que

le pueda permitir a él, y sobre todo a los personajes de su filme, *no tener que enfrentarse con los hechos*, sin contar, desde luego, con que eso ya sea posible.

Una de las primeras cosas que (a)salta a la vista, sin que necesariamente quien asista a la proyección de *Full Metal Jacket* (que no es otra cosa que el casquillo de cobre de la bala 7.62 milímetros del fusil M-14) haya estado en la guerra u obligado a prestar (pues no es voluntario, aunque exista la objeción de conciencia) el servicio militar, es la identificación personajes-espectadores: ambos asisten de la mano a la más oprobiosa demostración de poder y alienación de que sea objeto el ser humano en su breve existencia. En ella se pone de presente la ignominia, la mezquindad, el egoísmo y el atropello que ejerce el sargento Hartman (Lee Ermey) sobre *sus* subalternos, quienes a todas sus imprecaciones deben responder con un invariable *señor, sí, señor* o, en su defecto, anteponer un *señor, no, señor*. No importa que Hartman recite perlas como éstas: *“Señoritas, si salen de mi isla, si sobreviven al entrenamiento, serán armas vivientes, embajadores de la muerte sedientos de guerra; pero hasta ese día no son más que vómitos... la forma de vida más baja de la tierra... ni siquiera son putos seres humanos... no son más que pedazos culeros desorganizados de mierda. Porque soy duro, no me van a querer... pero mientras más me odian, más aprenderán... ¡Soy duro, pero soy justo! ¡Aquí no hay discriminación racial!”*. Sí, claro, según reza cierto papel todos son iguales: *niggers*, judíos, italianos o *grasientos*, aunque en realidad se bebe en uno de estos últimos, Leonard Lawrence, a quien apodará *Gomer Pyle* y a quien escarmenatará hasta la saciedad o hasta que Leonard mismo lo permita. Tampoco falta las voces disidentes, como la del raso Joker (Mathew Modine), quien bien puede ser tomado por *payaso, comediante* o... *comodín*: aquel que sirve para arreglar un *juego de naipes*, un *juego de guerra* o un *negocio*, lo que a la larga es la gue-

Casi toda la obra de Stanley Kubrick se halla inscrita dentro de los parámetros (algunos desquiciados y desquiciantes) de las parejas de opuestos guerra-paz, violencia-tolerancia y caos-orden, o bien presenta un claro enfrentamiento entre la violencia institucional y la violencia individual.

rra y en particular fue Vietnam. “¿Eres tú John Wayne? ¿Soy yo éste?”, conjetura Joker, sabiendo que tras la aparente inocencia de su pregunta se parapeta uno de los actores-iconos del promilitarismo; alguien que en una de las dos películas que dirigió, *Los boinas verdes* (1968) —la otra fue *El álamo* (1960)—, realizó una apología del tan tristemente célebre cuerpo armado, y que habría de convertirse en una de las pocas producciones a favor, precisamente, de la intervención gringa en Vietnam. Hartman

no tarda en ripostarle a Joker, quien sale bien librado por sus huevos: “¿Quién dijo eso? ¿Quién es el ligoso comunista de mierda que acaba de firmar su sentencia de muerte?”. He aquí una de las formas de sustentar la invasión a los pueblos: el disenso como subversión, como comunismo, una de las banderas del imperalismo en las eras del demócrata Kennedy y de sus sucesores, el Bruto Johnson y el republicano Nixon. Sin embargo, la “honestidad” de Joker se ve recompensada con su designación

como jefe de pelotón en reemplazo del *nigger* Bola de Nieve —una velada burla del famoso músico cubano Ignacio Villa, así apodado— no sin antes, eso sí, increparle: “¿Para qué te alistaste en mi amado Cuerpo?” “Señor, para matar, señor” “¿Conque eres asesino? Déjame ver tu cara de guerra...”. Cara que, hacia el final y ya en el crudo tinglado del combate, mostrará Doc Jay al ser derribado por aquellas poderosas fuerzas que le han tendido una emboscada al pelotón.

“¿Qué excusa tienes?”, inquiera Hartman al raso Cowboy (Arliss Howard), quien al contestar preguntando “¿Señor, excuse, señor?”, obtiene como única respuesta un inobjetable: “Yo hago las putas preguntas, ¿entendiste? ¿Gracias, puedo mandar yo por el momento? ¿Te pongo nervioso? ¿Ibas a llamarme comemierda? ¿Cuánto mides, de dónde vienes?” “Señor, de Texas” “De Texas sólo vienen cabrones o maricones y tú no tienes cara de cabrón, así que eso reduce las posibilidades. ¿Mamas verga?” Y luego Hartman acude a “vomitar toda su mierda” sobre el frágil aunque gordo y grande Gomer Pyle: “¿Vivió algún hijo de tus padres? Apuesto que lo sienten... Estás tan feo que pareces arte moderno... ¿Cómo te llamas?” “Señor, Lawrence, señor” “¿Lawrence qué... de Arabia? ¿Eres de la nobleza?” “Señor, no, señor” “¿Chupas vergas? A que podrías chupar una bola de golf por una manguera... Odio ese nombre... Sólo los putos y los marineros se llaman así... Desde ahora eres Gomer Pyle”. Aquí comienza a forjarse uno de los personajes, uno de los arquetipos más impresionantes que desde el punto de vista psicológico haya construido el cine y, en particular, el de guerra: el creado por Vincent D’Onofrio como el raso Pyle. Ser complejo que representa el avasallamiento a que puede dar lugar la exaltación de valores como *patria*, *bandera*, *Cuerpo de Marines* por parte de quien hace pasar la violencia del poder como hecho razonable e irrefutable. Pero, como el infierno *hacia* la guerra es largo y tortuoso, vendrán luego todas las humillaciones posibles que

llevan al sometimiento: la orden de borrar la “sonrisa imbécil en tres putos segundos”, salvar un obstáculo en diez, ahorcarse con la mano del propio Hartman...

Hasta llegar a Parris Island, en Carolina del Sur, base de entrenamiento del *Marines Corp.*, en un curso de dos meses *para los falsos héroes y los valientes locos* del pelotón 3092, donde continúa el lavado de cerebro y el rechazo enfático, así sea injustificado, al *enemigo rojo* encarnado en la persona del fundador del Partido Comunista de Vietnam y presidente de ese país en 1946: “*Ho Chi-Minh es un hijo de perra/ me pegó ladillas y hasta gonorrea...*”. Viene luego la homologación de la mujer al rifle, pues se acabaron los días de “meterle la mano a María Culopodrido bajo el calzoncito rosado. Están casados con esta pieza, esta arma de acero y madera... y van a serle fieles. Recen: ‘Éste es mi rifle. Hay muchos como él, pero éste es el mío. Mi rifle es mi mejor amigo, es mi vida. Debo dominarlo como domino mi vida. Sin mí, mi rifle es inútil. Sin mi rifle, yo soy inútil. Debo dispararlo con puntería. Debo disparar mejor que mi enemigo, que está tratando de matarme. Debo matar antes que él me mate. Lo haré’”. Y viene enseguida un paneo oblicuo inclinado a la izquierda, hacia Pyle: “*Ante Dios lo juro. Mi rifle y yo somos defensores de mi patria. Somos los amos del enemigo. Somos los salvadores de nuestra vida. Así sea. Hasta que ya no haya enemigos, sino paz. Amén*”.

Castrense oración que, como se verá luego, se volverá contra sus inspiradores y específicamente contra quien simboliza la agresión, el intervencionismo, la intolerancia: el Sargento Hartman. Así, entre los minutos 42 y 46, Kubrick monta una de las secuencias más soberbias contra el militarismo en un aséptico baño, con una espléndida economía de recursos y con los tres personajes-clave de su filme: los rasos Joker y Gomer Pyle y el Sargento Hartman. Suceso o, peor, *insuceso* con el que se cierra el primer episodio de *Full Metal Jacket*,

el del entrenamiento, y con el que perfectamente hubiera podido terminar el filme... de no ser porque faltaba el episodio de la guerra misma, donde los "indestructibles marines" deberían enfrentarse a un enemigo real (no *invisible* como en *Apocalypse now*), concreto, de carne y hueso: enemigo simbolizado por la fuerza de "esos rojos que son tan duros como un instructor de marines". El efecto *boomerang* también opera en la guerra.

La transición hacia Vietnam, concretamente la base de Da Nang, se da a través de un fundido a negro, tras el cual aparece una mujer vietnamita, a todas luces prostituta, que avanza de espaldas al público en un travelling hacia adelante y se dirige en diagonal al sitio donde se encuentran el raso Joker, adscrito a periodismo militar, y el raso Rafterman, fotógrafo de guerra. En este hecho, aparentemente intrascendente, se esconde otro de los horrores de la guerra de Vietnam: según estadísticas de Gabriel García Márquez (o *Marketing*, no se sabe) en un famoso reportaje titulado "El delirante saldo de la guerra" (publicado originalmente en la revista *Alternativa*, núms. 242 a 245, diciembre de 1979), al final del conflicto había 70 mil prostitutas, un cuarto de la población de ciudad Ho Chi-Minh padecía enfermedades venéreas, y entre los cuatro millones de analfabetos que había en todo el sur se encontraban no pocas hordas de delincuentes menores de edad. A éstas se suman otras no menos escalofriantes cifras: un millón de viudas, otro de tuberculosos, 360 mil mutilados de guerra, 50 mil drogadictos (casi todos menores de edad), 8.000 mendigos y 900 mil militares del antiguo régimen imposibilitados para vincularse a una nueva sociedad.

Una vez instalados en la base de Da Nang, los miembros del pelotón 3092 comienzan a ser sorprendidos por los ataques repentinos de los *vietcongs* (soldados del Ejército Rojo de Vietnam del Norte), la muerte de 20 "amari-

llos" colaboracionistas, la prometida visita de la actriz Ann Margaret que se va a pique por los hechos del comienzo del *Año Lunar de Tet*, la utilización de los negros como carne de cañón ("*Pon al negrillo tras el gatillo*", dice Bola Ocho antes de caer), los (históricos) *errores de posición*: "*Estamos aquí y deberíamos estar aquí*" (aunque, desde luego, *nunca* debieron estar allí), le dice el propio Bola Ocho (alegórico apodo para un número más entre los *falsos héroes*) a otra de las víctimas de la valentía vietnamita simbolizada en la figura de una mujer menuda, enjuta, casi escuálida: el raso Cowboy, el mismo que odiaba a Vietnam porque allí no había un solo caballo en el cual montar y uno más entre los del pelotón que pensaban "*dejaremos que los amarillos sean los indios*". Pero, los amarillos, ni mucho menos los rojos, fueron los indios, sino la fuerza que emerge de la convicción, de la lucha, de la resistencia de un pueblo que, se reitera, logró su mayor victoria con base en la dignidad, el único valor que no se puede perder en un universo-mercancía, en un mundo-centro comercial, en una sociedad *sifilizada* y decadente que agoniza entre la tradición sin historia, la familia sin futuro y la propiedad sin sentido.

En síntesis, el pueblo vietnamita sorprendió al feroz invasor con prótesis en los dientes, anclado en su, esa sí, auténtica tradición de respeto por los muertos y por los vivos, en su solidaridad ancestral (la que les permitió sacar a mongoles, japoneses, franceses y gringos) y en su desapego a las cosas materiales cuando de por medio está la salvaguarda de la dignidad; esa misma dignidad que hoy constituye el *peor delito* (el que, no obstante, hay que seguir cometiendo), que hay que conservar a toda costa a pesar del atropello, que hay que salvar por encima de consideraciones de clase, sexo, credo religioso o político: la que, a la postre, encarna aquella humilde aunque valerosa mujer vietnamita ante cuya dignidad el gatillo asesino de Joker titubea. Dignidad, palabra que

hace rato dejó de figurar en el moderno diccionario de la tiranía, de la opresión, de la inconmensurable violencia del Poder, el que nunca ha buscado la verdad sino el dominio de los pueblos. El que en un craso error político-militar creyó EE.UU. conseguir sobre Vietnam, pero que a sus propios combatientes les dejó un sabor tan amargo como el que retrata la canción *Paint it black: Miro dentro de mí y veo que mi corazón es negro/ Veo mi puerta roja y quiero pintarla de negro/ Quizás desaparezca y no tenga que enfrentarme a los*

hechos/ No es fácil hacerlo cuando todo tu mundo es negro/ [...] No pude suponer que esto te estuviera sucediendo. A grandes rasgos, ahí radica la lección de Vietnam, que con una minimalista economía de medios, y a través de una singular atmósfera dividida en sólo dos espacios diferentes, Stanley Kubrick mostró al mundo para que cada uno de los países deje de mirarse su propio ombligo y entienda que a nadie se le puede pisar cuando tiene la cabeza en alto, erguido el pecho y los sueños aún intactos. Por estallar. Y no por vender.

Paint it black
(del álbum Aftermath, 1966)

*I see a red door and I want to paint it black
No colors anymore I want them to turn black
I see the girls walk by dressed in their summer clothes
I have to turn my head until my darkness goes*

*I see a line of cars and they'll be painted black
With flowers and my love both never to come back
I see people turn their heads and quickly look away
Like a new born baby it just happens ev'ry day*

*I look inside myself and see my heart is black
I see my red door and I want it painted black
Maybe then I'll fade away and not have to face the facts
It's not easy facing up when your whole world is black*

*No more will my green sea go turn a deeper blue
I could not foresee this thing happening to you
If look hard enough into the setting sun
My love will laugh with me before the morning comes*

I see a red door I want to paint it black...

.....

*Veo una puerta roja y quiero pintarla de negro
No más colores, deseo que todos se conviertan a negro
Veo las chicas pasar vestidas con sus ropas de verano
Tengo que voltear mi cara hasta que mi oscuridad se vaya*

*Veo una fila de carros y ellos estarán pintados de negro
Con flores y mi amor, ninguno de los dos ha de volver
Veo a la gente voltear sus caras y rápidamente mirar a otro lado
Como un niño recién nacido... sucede todos los días*

*Miro dentro de mí y veo que mi corazón es negro
Veo mi puerta roja y la deseo pintada de negro
Quizás desaparezca y no tenga que enfrentarme a los hechos
No es fácil hacerlo cuando todo tu mundo es negro*

*Nunca más mi verde mar se tornará en azul profundo
No pude suponer que esto te estuviera sucediendo
Aunque parezca muy difícil, cuando se oculte el sol
Mi amor reirá conmigo antes de que amanezca*

Veo una puerta roja... Deseo pintarla de negro...

Declaraciones de intelectuales sobre Vietnam (Síntesis)

A comienzos de mayo de 1975, The New York Review of Books pidió a varios de sus colaboradores que escribieran sobre el significado de la guerra de Vietnam y su final, solicitándoles que consideraran las cuestiones de la responsabilidad del conflicto, el efecto de éste en la vida, la política y la cultura gringas, así como la posición de los EE.UU. en el mundo, sus perspectivas de recuperación y cualquier otro asunto que dichos colaboradores considerasen importante. Por razones de espacio, aquí sólo se citarán extractos de los artículos escritos por pensadores e intelectuales como Gore Vidal, autor de una importante biografía novelada sobre Lincoln; Susan Sontag, autora del célebre texto Contra la interpretación y del libro Trip to Hanoi, 1968, o Viaje a Hanoi; Mary McCarthy, autora de la colección de escritos sobre Vietnam The Seventeenth

Degree (El Diecisieteavo Grado) y quien visitó a Vietnam en 1968 a instancias de The New York Review; Norman Mailer, autor de Los ejércitos de la noche (1968) y de ¿Por qué estuvimos en Vietnam?, y Noam Chomsky, prestigioso lingüista y escritor a quien se deben textos como Poder americano y los Nuevos mandarines, En guerra con Asia, Por razones de Estado y Los guardianes de la liberación, este importante aporte al debate sobre la manipulación de la prensa por parte de los EE.UU.: los guardianes de la libertad...

“Hace diez años pensé que el laberinto vietnamita era la aventura siracusana de nuestro imperio. Ahora se me antoja una analogía melodramática, dado que en el ínterin no ha surgido Esparta alguna (con perdón de Kissinger-Schlesinger-Fordinger) capaz de derribarnos. Sólo nosotros pudimos hacerlo,

y poco nos faltó para conseguirlo. Por fortuna, la perfección misma de nuestra derrota debe poner punto final a nuestras demenciales pretensiones militares. Siempre hemos sido unos soldados pésimos: frente al enemigo, arrojamos el fusil y nos rajamos; cuando un oficial se pone pesado, lo liquidamos en pleno combate y aquí no ha pasado nada. En mi opinión, nuestra cobardía es señal de buen juicio. De vez en cuando ganamos una guerra, y disuadimos a las Espartas en potencia con nuestra superior producción de juguetes letales. Este auténtico estado de cosas pone de relieve la absurda retórica de quienes están desconectados de la vida estadounidense, como le ocurre al actual gobierno, empeñado en advertirnos de que el último orificio virginal del imperio supermacho y superyanqui, se halla en grave peligro de penetración por armas cilíndricas con cabeza atómica, si no abandonamos nuestro lastimoso e impotente *aislacionismo* [...].

Gore Vidal

Aunque el ambiente no sea precisamente festivo, hay que alegrarse por la victoria de la República Democrática de Vietnam y del Gobierno Revolucionario Provisional. Sería terrible que los Estados Unidos se hubieran salido con la suya en Indochina. Sin embargo, no he visto algazara por parte alguna. Los festejos por la paz, como el celebrado este año en el Central Park neoyorquino, parecían aburridas reuniones de ex alumnos: lágrimas en algunos ojos, y nostalgia de las bizarras esperanzas de los años sesenta, los ardores comunales y los riesgos, imaginarios o reales.

Porque *ellos* ganaron y *nosotros* no. Los *nosotros* que desearon *nuestra* derrota ya hace tiempo que se desperdigaron. La convulsión interna producida por el conflicto vietnamita amainó mucho antes de que los pueblos indochinos se liberaran de nuestra máquina de asesinar. Quienes nos indignamos ante

aquella injusticia y sus intolerables atrocidades, alcanzamos el límite de nuestra influencia cuando la *Mayoría Tenegrosa* [sic] se opuso a la guerra por razones muy distintas: porque era interminable, o un despilfarro, o una chapuza. En 1972, cuando los espadones de Washington cambiaron de sistema, para proseguir la lucha valiéndose de sustitutos, Nixon obtuvo una aplastante mayoría de votos. *Nosotros*, los del *Movement*, sacudimos a la opinión pública, pero no conseguimos modificar el uso del poder, ni atenuar el espectacular consenso electoral a una guerra sin bajas estadounidenses [...].

Susan Sontag

En mi opinión, los vietnamitas son los únicos beneficiarios del 30 de abril. Según se acercaba el fin de la guerra, aumentaba la confianza, aquí y entre nuestros simpatizantes en el extranjero, en que se notaría alguna mejora en los Estados Unidos. Nos libramos de una pesada carga financiera, de culpabilidad y de vergüenza. Nuestra república formularía una nueva política. Una vez desembarazados del conflicto vietnamita, libertad e igualdad dejarían de ser artículos de exportación y venta promocional. Dirigentes y pueblo aprenderíamos la *lección*, después de seguir por televisión las incidencias del instructivo espectáculo.

Lógicamente, es demasiado pronto para registrar semejante reacción, aunque cabe la posibilidad de que se produzca un efecto subliminal. De todas formas, dado que en la vida privada se aprenden tan escasas *lecciones*, es de suponer que ocurra algo parecido en la pública, menos sometida al control de la conciencia individual y tan pobremente dotada, en comparación, de medios para la reforma. Sea como fuere, creo que ya hemos perdido la oportunidad de *corregir los errores*. El momento propicio llegó en la primavera de 1968, con la

abdicación de Johnson. La guerra debió terminar entonces (contando con la cooperación de los norvietnamitas) con una retirada norteamericana. Desde abril de 1968, cuando se llegó a un acuerdo para el establecimiento de conversaciones de paz en París (aunque hubiera que esperar hasta el otoño), hasta el mismo mes de 1975, con la retirada del último soldado, lo único que cambió fue el color de los cadáveres [...].

Mary Mccarthy

La responsabilidad por la guerra es totalmente nuestra. Los Estados Unidos se sumergieron en una geopolítica que vio a los países como simples unidades: quien reuniera mayor número de ellos, ganaba el juego de cristianos contra comunistas. La teoría del dominó, corolario de esta línea de razonamiento, ha demostrado ser *operativa*, aunque del peor modo posible. Los cuadros comunistas agrarios, templada su inteligencia por la experiencia bélica, reemplazarán a las poblaciones urbanas en Indochina, carentes ya de todo deseo de resistencia. Los militares estadounidenses forjaron esos cuadros comunistas. Mi opinión es que la teoría del dominó siempre ha sido cierta: el comunismo se adueñaría del Asia Suroriental, en cuanto los Estados Unidos abandonaran la región. (...) ¿Mejorar el país? Buena suerte, hermanas y hermanos. Nuestras posibilidades de éxito son más bien escasas. Y, pese a todo, el futuro es difícilmente predecible. En el horror tecnológico de la máquina social y el barranco cancerígeno de la televisión, tiene que encontrarse la noción —que podría convertirse en credo político— de que el inmenso desarrollo de esta época es erróneo, insaciable e insípido hasta para los sectores más botarates del país. Confiemos en que subsista el deseo de una vida mejor, en que sabremos dar con soluciones que nos sorprenderán. No es imposible que nuestros

teledirigidos compatriotas den pruebas inesperadas de imaginación. Aunque las probabilidades de éxito sean escasas, recordemos que hace diez años nadie sospechaba el decisivo papel que desempeñaríamos en la liquidación de la fecal estrategia de nuestra pesadilla vietnamita.

Norman Mailer

El Gobierno de los Estados Unidos ha sido derrotado en Indochina, pero sólo ha recibido magulladuras en casa. Ninguna potencia nos obligará a aceptar honestamente nuestra responsabilidad ni a ofrecer reparaciones. Al contrario, los esfuerzos estarán dedicados a oscurecer la historia de la guerra, y de la resistencia en nuestro país. Tratemos de salvar ciertos hechos innegables, mientras los guardianes de la Historia se disponen a emprender su tarea. (...) La guerra estadounidense fue criminal en dos aspectos destacados. Como la intervención en la República Dominicana, y la invasión soviética de Checoslovaquia, fue un caso de agresión consciente y premeditada. En 1954, nuestro Consejo de Seguridad Nacional declaraba que los Estados Unidos se reservaban el derecho a utilizar la fuerza “para derrotar la subversión comunista, o la rebelión, en otros países, intervención que no sería considerada ataque armado contra una nación extranjera”. En otras palabras, una clara violación de nuestras leyes sobre la declaración de guerra. Toda la actividad posterior de los Estados Unidos se basaría en esa doctrina. Por otra parte, la contienda revistió un grado de atrocidad indescriptible. El objetivo estadounidense consistió en la erradicación de fuerzas nacionalistas revolucionarias que, según cálculo de nuestros funcionarios, gozaban del apoyo de la mitad de la población. El método, inevitablemente, fue la destrucción de la sociedad rural. Aunque la guerra de aniquilación alcanzó parcialmente ese objetivo, los Estados

Unidos jamás lograron crear un sistema viable sobre sus ruinas. (...) El Gobierno de los Estados Unidos no consiguió someter al nacionalismo revolucionario en Indochina, pero el pueblo norteamericano resultará más fácil de dominar. Si los partidarios de la violencia estatal consiguen falsear sus derrotas ideológicas de los últimos años, todo quedará a punto para una nueva intervención armada en caso de *subversión o rebelión*, cuando cualquier país pretenda liberarse de nuestro sistema de dominio global. Hace veinte años, un prestigioso grupo de estudio definió la amenaza primordial

del *comunismo* como la transformación económica de las potencias comunistas, “de tal modo que disminuya su deseo y capacidad de complementar las economías industriales de Occidente”. En Indochina fracasó el esfuerzo estadounidense por contener esa amenaza, pero no cabe duda de que la lucha continuará en otros lugares. Su resultado será afectado, cuando no determinado, por el del conflicto ideológico en torno a *las lecciones de Vietnam*.

Noam Chomsky

Bogotá D. C., 6 de septiembre de 2001
hojas Universitarias.....